

PROEMIO

A propósito de la cultura andaluza¹

José Manuel Caballero Bonald

La verdad es que no estoy muy seguro de haber acertado con la elección del tema de esta charla. Lo dudé bastante a la hora de elegirlo, sobre todo pensando en que a lo mejor rebasaba un poco el temario general —tan amplio y apasionante— de este congreso. Pero finalmente supuse que hablar de la cultura andaluza o de mis ideas en torno a ese complejo asunto de la cultura andaluza —que es lo que voy a hacer—, podía ajustarse de algún modo a los objetivos de estas jornadas. Sobre todo porque a lo mejor servían de contrapunto a las muy atractivas sesiones científicas que van a celebrarse en estos días. Por supuesto que como yo de lo que entiendo un poco es de literatura, pensé que tenía que limitarme forzosamente a algunas concretas reflexiones en este sentido. De modo que por eso estoy aquí, en calidad de escritor que va a esbozar algunas cuestiones sobre el siempre resbaladizo perfil cultural de Andalucía.

Por supuesto que toda esa intrincada cuestión de las herencias culturales es siempre un poco abstracta y suele basarse en motivos más bien librescos. Afirmar, sin más, que el temperamento y los hábitos del andaluz son una consecuencia de los hábitos y el temperamento de sus antepasados históricos, resulta de una credulidad sumamente temeraria. En realidad, lo que debería englobarse en el concepto de cultura andaluza no tendría que ceñirse a ningún matiz restrictivo sino a una poliédrica combinación de atributos, ese mestizaje que generó el más fértil entramado de nuestra historia social. De la misma forma que somos la resultante de una consecutiva fusión étnica (fenicios, griegos y romanos, celtas, bizantinos y visigodos, judíos, moros y cristianos) también lo es nuestra cultura. Lo multirracial generó afortunadamente lo multicultural: una larga y copiosa decantación de influjos que vino a constituir, aunque sea en términos idealistas, lo que podría ser el substrato, el germen de nuestras más verificables marcas culturales.

1 Este artículo recoge el texto de la conferencia inaugural pronunciada en el marco de las Jornadas sobre «Patrimonio y Desarrollo Territoriales», celebradas en Úbeda y Jaén, los días 13 a 15 de marzo y organizadas por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y la Asociación de Geógrafos Españoles. La Junta Directiva de la AGE, con la anuencia del autor, ha creído oportuna su inclusión como proemio en el presente número monográfico del Boletín, dedicado a la «Geografía Cultural».

Una de las más evidentes alianzas que pudo unir —que une— a los andaluces, a partir de una no muy lejana coyuntura histórica, es la de sentirse ufanamente paisanos, no ya porque así lo establezcan los acuerdos administrativos, sino porque fueron habituándose a conjugar sus sentimientos de integración regionalista, es decir, porque se consideran más o menos copartícipes de una muy parecida empresa vital. Y eso hay que entenderlo, a todos los efectos, en sus más sutiles variantes, pues la noción integral de autonomía arranca de esos impulsos morales. Parece evidente, por tanto, que el concepto de Andalucía supone hoy la ratificación de una cultura que viene a ser como la cristalización a distintos niveles de otras ilustres culturas.

La imagen de Andalucía está a veces tan lastrada de puerilidades y faramallas costumbristas que la simple opción a disentir de lo establecido, a infringir la norma, convierte al osado en sospechoso de lesa infidelidad. El hecho de que yo —pongo por caso—, en tanto que andaluz, no comparta en absoluto los fervores de un sevillano por su Semana Santa, o de un onubense por su romería del Rocío, o de un malagueño por su feria, me incapacita automáticamente como interlocutor legítimo ante cualquier andaluz profesional, que es ocupación de mucho predicamento en nuestros mentideros locales.

Todo eso sigue propiciando desdichadamente un cierto nacionalismo de tipo folklórico. Cuando Andalucía alcanza ni sin llamativos esfuerzos su autogobierno, algo cambia sin duda en los aparejos culturales andaluces. Pero no todo se ajustó luego a aquellas vehemencias triunfalistas de 1981. Incluso las decantaciones del «hecho diferencial» no se han producido sin menoscabo del «hecho común». Creerse el ombligo del mundo aísla del mundo. Y ya se sabe que restringir los ámbitos culturales ajenos, en beneficio de una mal entendida reafirmación de la propia historia, empobrece la cultura en su sentido más universal. Recuérdese a este respecto que uno de nuestros máximos paradigmas poéticos —Juan Ramón Jiménez— gustaba precisamente de autodefinirse como andaluz universal. O sea, todo lo contrario a tantos localismos de guardarropía.

Muchas veces me he preguntado si de verdad existe, como tal modelo unívoco, con sus rasgos distintivos y su particulares atributos, una auténtica cultura andaluza. Y lo cierto es que no lo sé, o que no sé muy bien qué responder. A lo mejor es que prefiero alardear de escéptico en este sentido, probablemente porque esa noción cultural no puede referirse —ni en éste ni en ningún otro caso parecido— a unas claves inamovibles y a unas características uniformes y, más que nada, porque nuestra misma pluralidad física y humana parece contradecirse con cualquier registro unitario en este sentido. O sea, que hablar de cultura andaluza viene a ser como hablar de un conjunto de afluencias que difícilmente podrán ser englobados en una misma hipótesis interpretativa.

Como nadie ignora, Despeñaperros no es sólo un límite geográfico, o una barrera natural entre la meseta castellana y los valles altos andaluces, sino la frontera entre dos mundos aparentemente distintos. Es muy posible. Pero esa afirmación suena un poco a reclamo turístico y quizá no pase de ser un eslogan de lo más convencional. Porque ¿en qué consiste realmente esa supuesta diferencia? Andalucía es un territorio muy extenso —mayor que algunas naciones europeas— y su variedad geográfica es tan manifiesta como sus diversos referentes históricos. Como nadie ignora, los antiguos reinos andaluces no empiezan a integrarse administrativamente en un mismo territorio hasta el siglo XVIII, cuando la propia crisis de la modernidad genera una cierta —y todavía difusa— atención hacia ese concreto fenómeno

regionalista. Pero con anterioridad nada permite establecer una abarcadora visión de Andalucía tal como hoy la concebimos. Por supuesto que abundan las interdependencias comarcales, los indicios —y aun los anhelos— de homogeneidad, de unión operativa, pero de ahí a hablar de un territorio histórico que abarque unas características comunes queda mucho trecho.

Hay que consignar, sin embargo, un hecho indisputable: la paulatina cristalización de un común modelo de vida, esa ya generalizada conciencia de pertenecer a una región peninsular que, por muy diversas circunstancias históricas, configura un mapa físico y humano aproximadamente distinto a los del resto de España. Pero ni aún así sería correcto plantear en singular la idea de Andalucía. La variedad de su naturaleza es como el contrapunto que sirve para diferenciar el carácter de sus gentes. Entre los parajes desérticos de Almería y los valles del Guadalquivir, entre la Alpujarra granadina y el Aljarafe sevillano, entre los arenales de Doñana y los bosques de Cazorla, entre las cumbres de Sierra Nevada y el subtropical del litoral malagueño, cabe un amplísimo muestrario paisajístico que, en cierto modo, viene a corresponderse con la diversidad de sus habitantes. Aunque sea desde una óptica superficial, ¿disponen realmente de muchos rasgos comunes un pescador gaditano y un aceitunero jienense, un serrano granadino y un marismeño sevillano, un minero onubense y un viñador malagueño, un segador cordobés y un hortelano almeriense? Ni siquiera la etnografía les otorga ninguna palmaria identificación. Incluso la norma lingüística, los matices dialectales, difieren unos de otros. Hasta es posible que algunos andaluces se consideren vinculados a una tradición cultural que no coincide necesariamente con las de sus vecinos territoriales.

Basta con echar una ojeada al mapa histórico de Andalucía para comprobar que ni sus remotos pobladores ni sus sucesivos colonizadores fueron los mismos en según qué casos. Sin necesidad de remontarse a otros más antiguos asentamientos, recuérdese que la romanización y la arabización en ningún caso se desarrolló de idéntica manera ni con la misma intensidad en las distintas comarcas andaluzas. La división de la Hispania romana fija la provincia senatorial de la Bética en la zona occidental, mientras que la oriental forma parte de la Cartaginense o la Tarraconense, unas fronteras que coinciden con las que mantuvo la España visigoda en sus provincias eclesiásticas. Incluso durante la dominación musulmana, el oriente de al-Andalus —el reino nazarí de Granada— tardó casi dos siglos y medio más que el occidente en caer en poder de los cristianos. Resulta innegable además, que a partir de la unificación católica, las diversas expulsiones de moros y moriscos y las repoblaciones de esas comarcas andaluzas por parte de no andaluces —castellanos, leoneses, cántabros, gallegos— se ajustó a muy diferentes intolerancias y objetivos. Un nuevo mestizaje racial, por cierto, que constituiría —como de rechazo— una decisiva aportación a la paulatina forja de esa otra resultante mestiza que tiende a identificarse con la llamada cultura andaluza.

No pocos memorables antecedentes —los movimientos federales decimonónicos, las Juntas Liberalistas, las agitaciones obreras— van allanando el camino de esa noción de Andalucía como tal foco de irradiación cultural. A partir, sobre todo, de la Asamblea Regionalista de Ronda de 1918, se produce efectivamente como un sedimento de tantos aportes —reales o ilusorios— en torno a las marcas identificativas de lo que podríamos llamar el sentimiento de ser andaluz. Pero ¿dónde terminan a este respecto los esfuerzos utópicos y empiezan las auténticos avances? Porque el andalucismo es, por supuesto, un sentimiento regionalista (y alguna vez un retrógrado nacionalismo), pero también una teoría social y económica; es una forma de entender la vida, pero también una búsqueda de soluciones al largo expolio de la

historia; es la afirmación de una personalidad, pero también un proyecto solidario para abolir tantas lacras oriundas del subdesarrollo.

¿Cómo abordar entonces ese complejo asunto del entramado cultural andaluz sin caer en torpes generalizaciones? Me gustaría, antes que nada, sintetizar estas breves reflexiones como si fuesen un recordatorio o, mejor, un balance de algunos aspectos de nuestra pretendida cultura que, aun siendo conocidos de sobra, conviene revisar (y enfocar críticamente) de vez en cuando. A fin de cuentas, no hay otro sistema de cultura andaluza que el que fueron estableciendo, cada uno a su universal modo y a partir de la unificación de los antiguos reinos meridionales, Juan de Mena y fray Luis de Granada, Fernando de Herrera y Arias Montano, Góngora y Velázquez, Murillo y Mateo Alemán, Blanco White y Cadalso, Mutis y Lista, Valera y Ganivet, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, Picasso y Falla, Giner de los Ríos y Blas Infante, Cernuda y Aleixandre, Juan Belmonte y la Niña de los Peines, Lorca y Alberti, María Zambrano y Francisco Ayala... Un legado múltiple de inteligencia, una irradiación de personalidades independientes, que abarca por igual lo culto y lo popular, el progreso humano y la tradición enriquecedora. Lo demás son juegos florales.

Esos notables y aislados hitos históricos constituyen en teoría otras tantas ramas del tronco cultural andaluz. Ahí va fraguándose, a no dudarlo, una posible idea general hecha de muchas ideas parciales. Nadie podría negar a este respecto que en Andalucía se prodigan comportamientos, maneras de ser y de vivir que se distinguen consecuentemente de las de sus vecinos naturales. Incluso existen manifestaciones de la cultura popular —usos y costumbres, ritos y fiestas— de muy inconfundibles rasgos expresivos. Parece evidente que sólo en Andalucía se podían localizar determinados resortes culturales, y no sólo me refiero ahora a aquellos que inciden de un modo directo en el catálogo de nuestros más consabidos tópicos costumbristas. O de nuestros más incorregibles resabios beatos y patrioterros.

Quizá convenga recordar en este sentido un episodio del máximo interés dentro de nuestra cronología cultural. Se trata del romanticismo, que incrementa sin duda la atracción de los viajeros europeos por las cosas de España. Todo lo que el romanticismo tuvo de afirmación de una nueva sensibilidad, centrada en la recuperación de ambientes exóticos, de ruinas legendarias, de melancolías orientales, encuentra por estas trochas una serie de sistemáticas contrapartidas. En Andalucía abundaban efectivamente los más característicos ingredientes de la imaginación romántica: esa vistosa imaginería —tan manoseada— compuesta de cigarreras y toreadores, noches embrujadas y rincones morunos, pasiones primitivas y costumbres arcaicas, bandidos generosos y mujeres provistas de navajas, preferentemente en la liga. Como es bien sabido, los viajeros románticos se encargan de airear todo eso hasta límites irremediables. La realidad se idealiza, se emperifolla: todo forma parte de esa estampa teatral que oculta bajo sus faramallas la otra y más legítima faz de Andalucía.

No faltan quienes han querido atribuir a esos viajeros románticos —de Merimée a Gautier, de Richard Ford a Washington Irving— la más directa causa de tan apresurado esquematismo interpretativo. Y algo de eso hay. Casi todos los escritores extranjeros que nos visitan en el segundo tercio del XIX, aparte de proporcionar a sus lectores un buen número de datos realmente aprovechables, divulgan también lo que ellos consideraron como más fascinante y pintoresco, convirtiéndose así en los primeros indirectos promotores de esa España de «charanga y pandereta» de que hablaba Machado, de esa «quincalla meridional» a que se refería Ortega. Viajaron generalmente con buen pie, desentrañaron algunas claves de la per-

sonalidad cultural andaluza, pero también dieron pábulo a muchas ligerezas y desviaciones analíticas. Resulta poco juicioso admitir que todo este repertorio de lugares comunes manejados por los románticos tiene algo que ver con la verdadera dimensión cultural de Andalucía. Y, sin embargo, algo tiene que ver: es el revés de la trama, la cara de una moneda que, quizá por no ser falsa más que en razón de lo excesiva, aún resulta menos aceptable. Nada de eso define taxativamente el linaje cultural de Andalucía, sino que más bien equivale a trivializar lo esencial, a escamotear con una apresurada envoltura un fenómeno cuyo contenido parece exigir más decorosas puntualizaciones.

Sean o no culpables los cronistas románticos, hay que aceptar, en principio, que la imagen de Andalucía que en general se ha venido difundiendo por el mundo adelante, y aun sin salir de la órbita peninsular, suele coincidir con la suministrada por un tosco reclamo turístico, por una suerte de cliché de urgencia. Una imagen convencional, edulcorada, de muy difícil rectificación en la mayoría de los casos; una imagen también —a qué negarlo— particularmente colorista y seductora. Más allá de nuestras fronteras Andalucía se ha visto asediada por un cúmulo de tópicos que han afectado torpemente a sus más ciertas razones culturales. Pero es que también —y en muy destacable medida— van a ser precisamente algunos artistas y escritores andaluces quienes con más contumacia fomentaron esa tendencia deformante. El untuoso costumbrismo de los Alvarez Quintero, la estilizada afectación de Romero de Torres, las redichas meditaciones senequistas de Pemán, la poética mitología gitana de García Lorca, pueden ser en este sentido unos ejemplos entre otros muchos. Pero es que, además, los arquitectos que se inventaron el ficticio preciosismo de una casa típica andaluza, los comentaristas y poetas líricos que sublimaron las bellezas locales, los pintores que concibieron tantos amanerados rincones populistas, favorecieron en muy considerable medida esa manipulación cultural de Andalucía de la que difícilmente iba a poder librarse.

Resulta por lo menos curioso que un mundo tan complejo, tan reacio al diagnóstico inequívoco, tan abastecido de contrastes y desniveles como el andaluz, haya sido enfocado por lo común con un simplismo tan minucioso. A veces se tiene la sospecha de que toda esa restrictiva mirada en torno a la cultura andaluza ha obedecido, más que a una fabulación gratuita, a una improvisada broma. Porque broma es, y pesada, hablar —por ejemplo— de pereza en una región que ostenta uno de las tasas de paro más altas de Europa. Y porque se necesitan muy pocos esfuerzos reflexivos para colgar sin más al andaluz los necios sambenitos de gracioso, supersticioso, fullero, exagerado, seguramente porque quienes disponen de esas cualidades son también los que más se hacen notar. Pero frente a ellos —no hace falta reiterarlo— existe el andaluz que es, con toda probabilidad, el más característico y el menos visible: el ensimismado, el melancólico, el introvertido, ese «enigma al trasluz» de que hablaba Cernuda. El otro, el que se convierte en portavoz de esas supuestas prendas arquetípicas de la idiosincrasia andaluza, es también el que suele ser más ramplonamente imitado por los chistosos de profesión y los cómicos de andar por casa. Desde estas perspectivas, la imagen más divulgada de Andalucía solía coincidir exactamente con la imagen menos verídica de Andalucía.

Tal vez habría que buscar también una posible explicación de todo ese desajuste en la inveterada tendencia del andaluz al exhibicionismo. Aunque se trate de generalizaciones poco fiables, se ha argumentado más de una vez que el andaluz está absolutamente convencido de vivir en un lugar privilegiado y que esa suerte inapreciable debe ser aireada para satis-

facción de propios y extraños. Supongamos que eso es lo que ocurre. Sin recurrir a ningún argumento antropológico, resulta bastante verosímil suponer que el andaluz, en el fondo, dispone de una idea muy singular sobre el paraíso, al que no duda en situar por las inmediaciones de su propia residencia. Narcisos congénitos («mimos de sí mismos» los llamó Eugenio D'Ors), un buen número de andaluces se presentan ante los no andaluces como dispuestos a mostrarles «lo mejor del mundo»: su edénica tierra y su llamativa calidad humana. Se esmeran en todo momento por hacer ostentación de lo que consideran incomparable y tienden a que los forasteros no se vean privados de ese regalo. Quizá los andaluces estén dotados como pocos para la vanagloria, no ya porque intuyan —lo cual sería mucho intuir— que son el pueblo más viejo del Mediterráneo, sino porque suponen que son el pueblo más sugestivo del planeta. Su fama de exagerados quizá provenga también de esa desmedida propensión a supervalorar los dones recibidos. Y de esa jactancia nace un incontenible deseo exhibicionista. Hasta ahí todo puede ser verosímil. Lo malo es que de lo que suelen alardear muchos andaluces es de lo más formulariamente andaluz: de la farfolla, el cascabeleo, los aliños multicolores de la realidad.

Cuando Andalucía, después de alguna no lejana etapa de difusa notoriedad, se pone —digamos— de moda en el XIX y comienza a ejercer un manifiesto ascendiente sobre el resto del país, también empieza a difundirse esa especie de obstinado desvío a propósito de sus más constitutivas marcas culturales. Las razones no sólo no están claras, sino que son de lo más contradictorias. Andalucía protagoniza en esos años algunos hechos fundamentales dentro de la evolución histórica de España. Unos hechos que no parecen corresponderse con esas otras majaderías sobre su personalidad cultural y sus pautas de conducta. He aquí otro curioso contraste: por un lado, Andalucía ofrece el ejemplar perfil progresista surgido del Cádiz de las Cortes o de los pronunciamientos liberales o de las heroicas tentativas revolucionarias, y por otro, la vertiente de un inmovilismo costumbrista, cuando no de un pintoresquismo lindante con muchas retrógradas supercherías. En un mundo tan culturalmente diferenciado como el andaluz, no parecen encontrar acomodo tantas empecinadas trivialidades acerca de nuestro modo de ser y de vivir.

Y ya termino. A estas alturas del milenio, nada es ya —ni que decir tiene— como era hace relativamente poco. En estos últimos años han cambiado ciertamente por aquí bastantes cosas. No todas de un modo satisfactorios desde luego, pero en conjunto sí se ha conseguido cimentar una imagen mucho más ecuánime de lo que se entiende por patrimonio cultural. Todavía quedan huellas de viejos prejuicios interpretativos, algunas pusilánimes actitudes frente a ciertas consabidas reformas, aunque también han ido neutralizándose no pocos desenfoces en torno a la verdadera identidad andaluza. Quiero creer que las cosas se estabilizan al fin seriamente, sobre todo a partir de algunas fecundas y puntuales recapitulaciones desde dentro. Si durante la dictadura nada se movió, el laborioso proceso hacia la democracia también trajo consigo no pocos reajustes culturales. Como en tantas ocasiones, Andalucía salió de otro de sus periódicos letargos y se dispuso a dar muy justas y soberanas señales de vitalidad.

El estatuto andaluz de autonomía no fue, desde luego, una panacea, pero un camino alentador empezaba así a concretarse. Por primera vez desde hacía muchos años, los andaluces se sienten protagonistas de su propia historia, se reconocen sin ambages en el adecuado espejo de una incontestable realidad histórica. Es como si se hubiese hecho balance de lo vivido y se

perfilara el horizonte de lo que queda por vivir. Cuando Andalucía elige mayoritariamente su derecho a autogobernarse, está cancelando una larga cadena de asfixias culturales, está reencontrándose con lo mejor de sí misma. Desde los movimientos junteros del XIX hasta la actual Junta de Andalucía, ha transcurrido más de un siglo de hallazgos y pérdidas de nuestra identificación cultural. Pero quiero creer que hoy, finalmente, se está procediendo a una paulatina rehabilitación conceptual de Andalucía. Al menos han ido estableciendo los cimientos necesarios para que los intérpretes de la —digamos— genuina cultura andaluza invaliden sus tópicos más perturbadores. Lo que empezó referido a una serie de tentativas individuales, acabó fundamentando una empresa mayoritaria. Cuando se liquiden los últimos lastres que mantuvieron a la región en un subdesarrollo poco menos que endémico, empezará a consolidarse definitivamente el renovado patrimonio cultural que esgrimirá Andalucía en el nuevo milenio. Ojalá lo consigamos entre todos.